

NOTAS Y DISCUSIONES

CARLOS H. JORGE

## El concepto de simpatía en Simón Rodríguez

### *Advertencias*

1. En la elaboración de este trabajo hemos empleado la edición, en dos tomos, de las *Obras Completas de Simón Rodríguez*, patrocinada por la Universidad Simón Rodríguez, Caracas, 1975: tomo I, 521 págs.: tomo II, 550 págs.

A fin de no remitir a un sinnúmero de notas que entorpecerían innecesariamente la lectura, las citas se hacen a continuación de los textos de Simón Rodríguez de la siguiente manera: 1º) siglas de la obra, 2º) tomo de las *Obras Completas* y 3º) página o páginas en las que se encuentra la cita en la edición empleada. Las siglas que usamos son:

CPG *Crítica de las providencias del gobierno* (1843)

DB *Defensa de Bolívar* (1830)

ER *Extracto sucinto de mi obra sobre la Educación Republicana* (1849)

LV *Luces y Virtudes Sociales* (1840)

SA *Sociedades Americanas en 1828* (1842)

2. Partidario de una ortografía fonética, Simón Rodríguez pretende que se escriba como se habla, esto es, que las letras "pinten" los sonidos y las frases, los pensamientos del hablante. En un pasaje de LV, II, 15, el filósofo justifica su forma de expresión y nos ahorra explicaciones:

### en el discurso HABLADO

Los tonos y las pausas } son los signos de *importancia*

El acento } son los signos de { *conexión*  
y las modulaciones } { *y relación*

### en el discurso ESCRITO

el tamaño } de los caracteres indican los TONOS  
y la variedad }

la separación } de las frases, indican las PAUSAS  
y el aislamiento }

La *separación* se pinta poniendo la palabra o frase *entre puntos*

El *aislamiento* se pinta

poniendo { la palabra } *en medio de la página*  
                  { o la frase }

Las *Elipsis* se pintan { poniendo un punto  
                                  { debajo de la palabra omitida

Los *GUIONES* indican la *RELACION*

Las *llaves* indican la *CONEXION*

Con estos antecedentes, siempre que sea preciso citar un texto de Simón Rodríguez, trataremos de reproducirlo, en lo posible, tal cual él lo compuso.

### 1. Planteamiento

Que Simón Rodríguez (1771–1854) haya empleado el concepto de simpatía en la elaboración de su teoría ético-política, no debería sorprendernos. J. Ferrater Mora <sup>(1)</sup> nos recuerda que son muchos los autores que a lo largo de la historia de la filosofía han hecho de este concepto punto importante de su pensamiento. También nos recuerda el mismo autor que son los filósofos ingleses defensores de la doctrina del sentido moral quienes pueden ser considerados como los representantes más destacados de la concepción psicológico-moral de la simpatía, la cual, en líneas generales, basa la actuación moral en un razonamiento de analogía de lo que los demás sienten en base de lo que nosotros sentimos. En otros términos, juzgamos de las facultades de otros a partir de nuestras facultades; nuestras propias facultades son la medida de las que nos servimos para efectuar el juicio analógico sobre las facultades de los demás. Un hermoso texto de Adam Smith –quien es uno de los más genuinos representantes del “sentido moral”– nos aclara esto:

Juzgo de tu vista por mi vista, de tu oído por mi oído, de tu razón por mi razón, de tu resentimiento por mi resentimiento, de tu amor por mi amor. <sup>(2)</sup>

Aunque Simón Rodríguez no puede ser llamado un filósofo del “sentido moral”, sin embargo, le debe tanto a los seguidores ingleses de esta doctrina que la fuerza de su propio concepto de simpatía lo empujará -paradójicamente- a la posición contraria, la posición de la razón moral. Esta es la sorpresa. En las páginas que siguen trataremos de construir el concepto de simpatía del filósofo caraqueño y, al tiempo que lo analizamos, mostraremos algunas de las derivaciones más sobresalientes que configuran sus ideas morales y políticas.

---

(1) Diccionario Filosófico, “Simpatía”, Tomo II, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1975.

(2) *The Theory of Moral Sentiments*, p. 19, Clarendon Press, Oxford, 1979. (La traducción es de Eduardo Nicol, FCE, México, 1983).

## 2. Definiciones

En la concepción rodrigueciana de la simpatía se puede constatar la confluencia de varias líneas de un mismo pensamiento. Por un lado, como su raíz más profunda, aparecen influencias de la medicina helenística –y de ideas claramente estoicas– envueltas en el concepto de “humor”. Por otro lado, los antecedentes más inmediatos del concepto de simpatía podemos encontrarlos en el empirismo de Hume y en la teoría moral de Adam Smith. En las dos definiciones que de “simpatía” nos dejó Simón Rodríguez, veremos aparecer las influencias apuntadas, pero, también, las diferencias que le confieren un perfil propio al concepto.

### 2.1. Primera definición de “simpatía”

SIMPATÍA es lo mismo que *Compasión*, en el fondo de la Idea, pero en otro sentido difieren. *Simpatía* significa que una cosa siente PORQUE otra siente; pero no es menester que sientan lo mismo ni del mismo modo –i *Compasión* significa que uno siente LO QUE otro siente– la idea de *Padecer* es concomitante en este caso (CPG, II, 424).

Lo que más destaca esta definición –muy típica de Rodríguez– es que hay muchas cosas en ella que... requieren ser aclaradas. Comenzaremos, pues, por el concepto de “compasión” para entender mejor el de “simpatía”.

Es Adam Smith quien, para definir “simpatía”, se sirve del concepto de “lástima o compasión” –términos que Simón Rodríguez separa porque corresponden a conceptos distintos–. Para Smith, “lástima o compasión” es ese sentimiento que experimentamos todos los hombres ante la miseria o dolor de otros, sentimiento que brota de nuestra propia naturaleza y que no tiene nada que ver con el hecho de que seamos virtuosos o transgresores de las leyes sociales. Nadie, pues, carece de tal sentimiento. Ahora bien, si no tenemos experiencia inmediata del dolor que otros padecen, ¿cómo es posible sentir “lo que otro siente” –como apuntaba Rodríguez–, si yo no soy él, si yo siento en mí y por mí? ¿Cuál es el mecanismo, cómo opera? La respuesta de Adam Smith a la primera pregunta es: la “lástima o compasión” es posible gracias a la facultad que poseemos de conce-

bir lo que nosotros sentiríamos en una ocasión semejante. El mecanismo opera por medio de la imaginación de la siguiente manera:

...nos ponemos en el lugar del otro, concebimos estar sufriendo los mismos tormentos, entramos, como quien dice, en su cuerpo y, en cierta medida, nos convertimos en una misma persona, de allí nos formamos una idea de sus sensaciones... Su angustia incorporada así en nosotros, adoptada y hecha nuestra, comienza, por fin, a afectarnos, y entonces temblamos y nos estremecemos con sólo pensar en lo que está sintiendo <sup>(3)</sup>.

Para dejar mayor constancia, si aún fuera posible, de este poder de identificación de que goza la imaginación, A. Smith añade que, no solamente nos afecta el dolor del otro al ponernos, imaginación mediante, en su situación; nos alegramos también cuando algún héroe se salva; compartimos con nuestros amigos el resentimiento contra quienes, injustamente, les hicieron daño. En fin,

...en todas las pasiones de que el alma humana es susceptible, las emociones del espectador corresponden siempre a lo que, haciendo suyo el caso, se imagina que serían los afectos del que los sufre <sup>(4)</sup>.

Aunque hasta aquí pudiera decirse que, en líneas generales, Simón Rodríguez viene de la mano de Adam Smith, sin embargo la "compasión" del filósofo caraqueño tiene mayor alcance que el mismo concepto del escocés. Ya apuntamos más atrás la separación de términos que efectúa Simón Rodríguez: "lástima" y "compasión". Y no se trata de una separación de nombres únicamente, pues lo que está en juego son facultades distintas: la imaginación, en el caso de Smith; la memoria, en el caso de Rodríguez. Smith aparece como muy individualista, solipsista, en la medida en que su concepto tan sólo accede al ser del otro que sufre por medio de la imaginación, esto es, de manera imaginaria, no de modo real. En Simón Rodríguez, por el contrario, "compasión" es "ver padecer lo que uno mismo ha padecido o padece" (LV, II, 122) en el sufrimiento del otro. Se padece, entonces, no sólo mediante la imaginación, no sólo mediante esa especie de flexión de la mente que nos permite ponernos

(3) *Idem.*, pág. 9.

(4) *Ob. cit.*, pág. 10.

en la situación del otro y concebir que “estamos sufriendo los mismos tormentos” del otro, sino porque, a través del recuerdo, podemos padecer de nuevo –verdaderamente– **aquello** que un día causó, o causa todavía, nuestro sufrimiento. En el acceso al ser (doliente) del otro constituye, pues, la compasión un grado más profundo que la lástima, que sería el acceso imaginario a su dolor. Simón Rodríguez es muy claro en esto:

No haber experimentado el mal que otro padece y figurárselo, incita a un sentimiento que llamamos *lástima* (ibid).

Compasión es, pues, un común–padecer, un común–sentir del dolor del otro. Esto distingue al hombre de otras especies animales, apunta Rodríguez: el hombre **conoce** que otros hombres padecen como él porque puede **sentir** en sí, a partir de ese conocimiento, lo que ellos sienten. No “se figura” solamente el dolor de los otros; se pone en su lugar porque él mismo ha padecido, o padece aún, ese dolor. Re–conoce (en el sentido de lo vuelve a conocer) *su dolor* y lo mantiene presente. Es obvio que por esta facultad tan humana el hombre puede encontrar su perdición, puede ser arrastrado a “una necesidad que no lo comprende” (DB, II, 310). La naturaleza, sin embargo, lo ha compensado con el *olvido* para que, ante el dolor del otro, no se acuerde del suyo y con la *salud* para que no sienta que vive <sup>(5)</sup>. No es, entonces, que el hombre solamente puede imaginar el dolor ajeno –se dijo–; el hombre, además –todos los hombres, incluso los moralmente más depravados–, puede sentir dentro de su pecho el mismo dolor de su semejante. Aunque muchos han olvidado el suyo y se vuelven “duros”, por lo que “es menester ser mui sensible o tener mucha imaginación, para convertir el mal ajeno en propio”.

En honor a la verdad hay que señalar que esta separación tan tajante que realiza Simón Rodríguez entre “compasión” y “lástima” debiera ser una separación de grado tan sólo, como queda sugerido más atrás, y no como separación cualitativa (por lo abultado de la cantidad de sufrimiento) como parece desprenderse del pasaje citado de LV, II 122. Pues, en definitiva, entre imaginación y memoria

(5) Cf. OC, Tomo II: LV, 118; CA, 64 y cartas, 544.

la diferencia es de grado (o de configuración). Respecto de la primera señala A. Smith que

Nuestras imaginaciones tan sólo reproducen (*copy*) las impresiones de nuestros propios sentidos, no las ajenas <sup>(6)</sup>.

Y, a propósito de la segunda facultad, recuerda Simón Rodríguez que ...cada Sentido tiene sus *Recuerdos*. ...y, juntándose los unos con los los otros forman la *Memoria*

*Memoria* es, pues, un *Conjunto de Recuerdos* (LV, II, 155).

Recapitulando lo dicho, hemos analizado ya una parte de la definición, esto es, aquélla que identifica “simpatía” con “compasión”, y será preciso mantener presente todo el tiempo esta identificación porque, a partir de ella, derivará Simón Rodríguez en otra posición.

Para entender la segunda parte de la primera definición de “simpatía” que nos dejara el filósofo caraqueño, tenemos que regresar, una vez más, a la *Teoría de los sentimientos morales*. Allí Adam Smith apunta que –tal como lo expresa Simón Rodríguez– hay dos significados de “simpatía”: a) el significado primitivo, original, identifica “simpatía” con “lástima o compasión”; b) pero, impropriamente, también se emplea ese término “simpatía”

...para significar nuestro común interés por toda pasión cualquiera que ella sea <sup>(7)</sup>.

Así, muchas veces la simpatía surge de la simple percepción –incluso únicamente por signos exteriores– de que otra persona tiene cierta emoción. Por ejemplo, un rostro risueño es motivo de alegría para quien lo ve, a la vez que una cara triste es motivo de melancolía. Sin embargo –aclara Smith– este hecho no es de validez universal, pues

Hay algunas pasiones cuya expresión no excita ninguna clase de simpatía, sino que antes de enterarnos de *qué las ocasiona*, más bien sirven para provocar en nosotros aversión hacia ellas <sup>(8)</sup>.

(6) *Ibid.*, ed. cit., pág. 9. (La traducción es nuestra).

(7) *Ibid.*, pág. 10.

(8) *Ibid.*, ed. cit., p. 11. (Traducción de E. Nicol).

La conducta de un hombre encolerizado más bien nos lleva a ponernos en su contra que en contra de sus enemigos.

Del hecho que se acaba de indicar, Adam Smith deduce que “la simpatía no surge tanto de contemplar la pasión como de la situación que mueve a ésta”. Por ejemplo, la desfachatez y grosería de una persona nos hacen sonrojarnos, aunque esa persona no se dé cuenta de lo incorrecto de su conducta. Sentimos, en este caso, la vergüenza que nos embargaría en caso de habernos comportado de manera tan indigna en ocasión similar. Consideremos un ejemplo límite que muestra muy al vivo la hipótesis de Adam Smith. Señala:

Simpatizamos hasta con los muertos, y haciendo caso omiso de lo que realmente es importante en esa situación —ese temeroso porvenir que les espera—, principalmente nos afectan aquellas circunstancias que impresionan nuestros sentidos, pero que en nada pueden influir en su felicidad. Es dura condición, pensamos, el estar privado de la luz del sol; yacer en la fría sepultura, presa de la corrupción y de los reptiles de la tierra; ya no ocupar el pensamiento de los vivos, sino ser borrado en poco tiempo de los afectos y casi de la memoria de los más caros amigos y parientes... (La muerte de los otros, pues, es sentida porque) nos colocamos en su lugar, y en que alojamos, si se me permite la expresión, nuestras almas vivientes en sus cuerpos inanimados, de donde concebimos lo que serían nuestras emociones estando en su caso <sup>(9)</sup>.

Los ejemplos que nos da A. Smith también explican la necesidad del “PORQUE” en la definición de “simpatía” que nos diera Simón Rodríguez. No solamente nos hacemos del dolor de nuestro semejante, también participamos de sus razones; su situación es para nosotros causa suficiente para que, con él, padezcamos. Y aquí, justamente, está la posible trampa. Recordemos parte de la definición de Simón Rodríguez:

*Simpatía* significa que una cosa siente PORQUE otra siente; pero no es menester que sientan lo mismo ni del mismo modo.

Así como la compasión descontrolada —esto es, sin el contrapeso del olvido— llevaría al hombre a un vivir insufrible, la simpatía, así

---

(9) *Ibid.*, pág. 13.

entendida, lo puede conducir por un derrotero insoportable. Veamos por qué:

*No hai simpatía verdadera sino entre IGUALES.*

*Simpatizan EN APARIENCIA, los súbditos con los Superiores, porque el que obedece protege las ideas del que manda; pero la antipatía es el Sentimiento natural de la Inferioridad, que nunca es agradable (SA, I, 408).*

(Esta cita es de 1842 y reproduce literalmente —en cursiva, para resaltar la significaciones— un texto escrito en la *Defensa de Bolívar* en 1828 -OC, II, 221—, lo que atestigua que no hubo cambios, en este sentido, en el pensamiento del autor en más de catorce años. Creo, entonces, que vale la pena que nos detengamos en el análisis de tan importante pasaje para desentrañar el concepto de simpatía).

Del texto transcrito, claramente deducimos que hay dos tipos de simpatía: a) la simpatía real (“verdadera”) y b) la simpatía aparente (falsa), que está en lugar de la “antipatía”. La simpatía verdadera lo es, solamente, en relación de igualdad. Esta aseveración nos permite entender, aunque sea parcialmente, aquella otra trágica afirmación del filósofo:

*la mayor fatalidad del hombre, en el estado social, es no tener, con sus semejantes, un común sentir de lo que conviene a todos (SA, I, 365).*

Porque siendo todos los hombres iguales, estando todos en el mismo plano de necesidad, sin embargo no tienen verdaderas simpatías entre sí. Ya Hume había señalado este hecho: en todos los hombres hay una marcada semejanza que se mantiene a pesar de las diferencias, semejanza que, en gran medida, es la que contribuye a que participemos de los sentimientos de los demás, a que los aceptemos, con gusto, fácilmente. Pero —observa Hume— la semejanza no es suficiente para explicar el fenómeno simpático. Deben existir otras relaciones. Se requiere, fundamentalmente, la relación de “contigüidad para poder comunicar los sentimientos en toda su integridad”<sup>(10)</sup>.

(10) *Tratado de la Naturaleza Humana*, Tomo II, Ed. Nacional, Madrid, 1977, p. 497.

La desgracia humana –según Rodríguez, ahora– estaría en el hecho de que los hombres puedan simpatizar aunque sea aparentemente –y, de hecho, simpatizan de ese modo– en un plano de desigualdad. Esto es: la relación amo–esclavo no sería posible si el esclavo no aceptara al otro *como* su amo y si el amo no sometiera al esclavo como tal, para él aparecer, de hecho, como dominador. Pero, ¿por qué hay simpatías entre desiguales? ¿Por qué la simpatía aparente consolida, de hecho, la más terrible de las dominaciones, la dominación social? La respuesta de Rodríguez no se dejaría esperar:

Porque el que obedece protege las ideas del que manda

Aparece aquí, entonces, una alienación del inferior, alienación que consiste, para “el que obedece”, en pensar con las categorías “del que manda”, con su sumisión acepta, cuida y “proteje” la dominación de que es objeto. Pero no hay una mera rendición del inferior. El dominador, generalmente, usufructua la alienación de su inferior y trata de mantenerla a costa de poco. Es por ello que Simón Rodríguez le recuerda a la “Clase Influyente” <sup>(11)</sup> –al rico, al que manda, al que sabe y al que vale– que tiene que devolver el respeto de que disfruta aconsejando, enseñando y dirigiendo a la “Clase Infima”. Porque si la aprobación y el respeto es social por parte del inferior, social debe ser la distinción de que debe dar muestras el superior; de lo contrario hay usurpación de los respetos tributados.

A las claras se ve, entonces, que no es suficiente dar cuenta del hecho. Las preguntas de rigor saltan de suyo. ¿Cómo se produce la alienación? ¿Por qué “el que obedece protege las ideas del que manda”? Esta misma pregunta ya se la había hecho Hume y, para contestarla, elaboró el “principio de la simpatía” que da cuenta de “nuestro aprecio por el rico y el poderoso” <sup>(12)</sup>. Dice Hume:

No queda otra cosa que pueda proporcionarnos aprecio por el poder y las riquezas, y desprecio por la miseria y la pobreza, que no sea el principio de la *simpatía*, gracias al cual participamos de los sentimientos del rico y del

(11) Ver CPG, II, 411 y 415.

(12) *Tratado de la Naturaleza Humana*, libro II, 2a parte, sección V.

pobre, y tomamos parte en su placer o en su desgracia. Las riquezas producen satisfacción a quien las posee, y esta satisfacción pasa al que las observa por medio de la imaginación, que produce una idea semejante en fuerza y vivacidad a la impresión original.

Al igual que Hume, Adam Smith parte de esta constatación natural para hacer importantes prolongaciones sociales. Naturalmente, dice, los hombres están más dispuestos a simpatizar con nuestro goce que con nuestras penas, por eso hacemos alarde de nuestras riquezas y ocultamos nuestras miserias. Nada hay más penoso que exponer nuestra penuria y nuestros aprietos al cuidado de otros y sentir que, aunque ellos lo vean, nadie concibe verdaderamente todo lo que por ella nos hacen sufrir. El rico se infla ante el pensamiento de que sus riquezas atraen las miradas de los otros. El pobre, al contrario, se avergüenza de su indigencia, porque siente que lo aleja de la vista de sus semejantes, y que, si se ocupan de él, apenas experimentarán algunos movimientos de simpatía por los males que soporta.

Sobre esta disposición del género humano a acompañar todas las pasiones del rico y del poderoso, se fundan la distinción de rangos y el orden de la sociedad. Nuestra condescendencia (*obsequiousness*) para con nuestros superiores nace más frecuentemente de nuestra admiración por las ventajas de su situación, que de expectativas secretas del beneficio que podamos obtener de su benevolencia. Sus beneficios no pueden sino alcanzar a pocos; pero su ventura (*fortunes*) interesa a casi todo el mundo. Ansiamos ayudarles a completar un sistema de felicidad que se acerca tanto a la perfección, y deseamos servirles por ellos mismos, sin otra recompensa que la vanidad o el honor de agradarles (*of obligging them*)<sup>(13)</sup>.

La constatación de esta “disposición del género humano” a “casi adorar a los ricos y a los grandes” y a despreciar a los indigentes y personas oscuras constituye, como vimos, la base sobre la que se levanta el edificio social con sus jerarquías y sus rangos. Pero tal “disposición”—por sus derivaciones sociales—le parece a Adam Smith que es la primera causa y la más general de las causas de la “corrupción de nuestro sentimientos morales”.

---

(13) *The Theory of Moral Sentiments*, ed. cit., pág. 52. (La traducción es nuestra).

Que la riqueza y la grandeza sean vistas, a menudo, con el respeto y la admiración que solamente son debidos a la sabiduría y a la virtud, y que el desprecio, del cual el vicio y la locura son sus objetos propios, recaiga injustamente, más a menudo, sobre la pobreza y la debilidad, ha sido la queja de los moralistas de todas las edades <sup>(14)</sup>.

Si ahora prolongamos estas constataciones —y la queja— de A. Smith hasta S. Rodríguez, veremos que en la sociedad que tenemos —la única que verdaderamente conocemos— tan sólo hay simpatías aparentes. Es decir que una sociedad construida en niveles de desigualdad tiene como fondo efectivo la “antipatía”, que es el sentimiento de la “guerra de todos contra todos”, sentimiento presto a presentarse en cualquier momento. Pero, aparentemente —y esta apariencia cubre todo el nivel de lo real mediante el mecanismo alienante que se ha descrito— hay simpatías entre los hombres que son desiguales —socialmente desiguales—, simpatías que se expresan, básicamente, a través de las relaciones individuales, interpersonales, pero no en las relaciones sociales, que son las que determinan el verdadero ser de cada individuo. Esto también en parte, permite comprender otra aseveración de Rodríguez:

Según el sentir jeneral, *Pueblo* es un extraño colectivo: los individuos son todos *bonísimos*... .. y el todo, *detestable* (SA, I, 27).

Es decir: en las relaciones individuales que, aparentemente, son las relaciones verdaderas, los hombres simpatizan verdaderamente; en las relaciones con el todo, en las relaciones sociales, los hombres simpatizan aparentemente; pero estas (falsas) simpatías son las que, verdaderamente, cristalizan en la sociedad, pues con su tejido constituyen el ser de los individuos. (Es, a las claras, la confusión total). Así se explica que “Pueblo” es “el único agregado homogéneo en que las partes sean de distinta naturaleza que el todo”. (Claro que esta homogeneidad es aparente también). En fin, este doble juego simpático conduce inexorablemente a la destrucción. Las sociedades así (des)organizadas en un sentir tan confuso —en un sentir que las hace creerse bien cuando, en realidad, están mal— no pueden

(14) *Ibid.*, pág. 61–62.

vivir así mucho tiempo. Su disolución es inevitable. Su aparente bienestar es el signo inequívoco de su próxima desaparición:

Las naciones parecen (como todo cuerpo organizado) por accidentes ó de muerte natural ... Sus enfermedades son siempre civiles, y su muerte ... política (LV, II, 122).

No hay enfermedades políticas sino civiles. Como no hay muerte civil sino política, porque el espíritu de los pueblos no perece. La política puede ser el veneno o el remedio de los males del cuerpo social enfermo y el político puede ser el enterrador o el médico de la sociedad. En sus manos está, hasta cierto punto –hay que considerar los “accidentes”–, la salud de su curación o el deceso inevitable. Comenta Rodríguez que es de admirar –si no fuera por lo trágico– la estolidez y la resignación con que naciones enteras sobrellevan un mal que conocen y que pueden remediar. La resignación crece a medida que la enfermedad se agrava. Ante este hecho, pareciera que el bienestar les estuviera prohibido a los pueblos.

## 2.2. Segunda definición de “simpatía”

Las reflexiones con las que concluimos el análisis de la primera definición nos serán valiosas para abordar, sin mayores preámbulos, la segunda definición de “simpatía” que nos dejó Simón Rodríguez:

Las diferentes relaciones que determinan las funciones se llaman SIMPATIAS (CPG, II, 412).

Esto es: simpatías (sociales) son las diferentes relaciones (sociales) que vienen determinadas por las distintas funciones (sociales) que los individuos ejercen en la sociedad. La palabra clave aquí es, a todas luces, ‘relación’, término que el filósofo definiera varias veces <sup>(15)</sup>. “Relación” se define en oposición con “conexión”. Veamos cómo:

Hai *Conexión* entre cosas que están *juntas*, *unidas* o *adherentes* –i están en *Relación*, cuando se necesitan para ejercer una acción ó se corresponden.

(15) Cf. *Ibid.*, II, 423 y ER, I, 228.

Ejemplos: las *semillas* contenidas en un saco, están CONECTAS porque están *juntas*— i cada una está en RELACIÓN con el saco porque las contiene. Hai CONEXION entre los acreedores que se *juntan* en concurso a *cobrar* —i cada uno está en RELACIÓN con el Deudor a quien cobra.

La condición fundamental en toda relación, *stricto sensu*, es la de necesidad. La otra condición deriva del hecho de que las distintas partes de la relación están en relación a causa de una *acción en común*. Y aquí regresamos a todo lo dicho en la primera definición de "simpatía".

En términos psicológicos, una sociedad "conecta" presupone una psicología primitiva de carácter individual, pues la relación originaria es una relación de "uno a uno", o sea el sometimiento de cada uno de los individuos al todo omnipotente. En realidad, esta psicología desconoce el sometimiento indiferenciado de todos los individuos al único individuo natural: el padre de la horda primitiva. Esta psicología no posibilita la acción colectiva, porque la relación uno-a-uno, en la dependencia del padre en la cual se anula cada individuo, es lo dominante. Si este tipo de sumisión natural subsiste, es evidente que la historia no ha comenzado. Y esta es la idea de Rodríguez. Para él, no ha habido ni hay, todavía, sociedad verdadera; por tanto, no hay historia. Lo que existen son conjuntos humanos por agregación. La historia comenzará sólo cuando los hermanos, reconociéndose como semejantes sometidos y después de dar muerte al último hombre natural, reconozcan y asuman el poder colectivo de su propia existencia, ahora unificada <sup>(16)</sup>.

Es evidente que los hombres viven juntos; el aislamiento es una enfermedad. Pero si hablamos de "relaciones" —tal como lo quiere Simón Rodríguez—, tenemos que admitir que no son "sociales": unas son impuestas, como las familiares, y otras —como las que contraemos cuando efectuamos algún negocio— son ocasionales. Los hombres de la sociedad (conecta) actual —sociedad que oculta una guerra

(16) Cf.: Rozitchner, León: *Freud y los límites del poder*. Folios Ediciones, México, 1982, pág. 43.

encubierta de todos contra todos— “toman por relaciones sociales, las conexiones naturales de familia, las de clase y las que se contraen por interés”. Y llegan a calificar de “*Simpatía social la disposición en que cada uno está de consultar a otro sobre sus intereses, para hacerlos prevalecer*”. En esta sociedad del interés particular sin más consideraciones —llamémosla “sociedad” para entendernos sin mayores explicaciones— no hay verdaderas simpatías sociales, lo que hay es un *como si*. Lo que aparece es un uso del otro que es puesto a nuestro servicio como medio. Las verdaderas relaciones sociales no aparecen en el movimiento de lo real, porque las conexiones individuales las ocultan en la medida en que no mantienen presente aquello que, realmente, determina en la práctica el ser de los hombres.

Nuevamente, entonces, debemos formular la consabida pregunta: ¿Por qué los hombres viven así, ocultando y ocultándose aquello que verdaderamente les interesa y sobre lo cual es fundamental entenderse? —Por el “síndrome simpático”, podemos responder si me permite la expresión. Veamos cómo Rodríguez lo describe:

El desorden de la acción jeneral, no depende siempre de la impropiedad de TODAS las acciones parciales; a veces *una sola* es la causa del mal estado de la máquina. —El objeto de la medicina es atajar el efecto de las simpatías: porque llegado el caso de un total trastorno o deterioro, nada puede impedir la disolución (CPG, II, 412).

Tenemos aquí una ramificación del término “simpatía” que fue tomada de la medicina y que está íntimamente relacionada con la vieja teoría hipocrática de los humores. Es Galeno (130–200 d.C.), sin embargo, quien la desarrolla y la sistematiza definitivamente, llegando tal cual —al menos en lo sustancial, como creemos— hasta Simón Rodríguez. Vale la pena, pues, que le echemos una ojeada a esa teoría, porque Simón Rodríguez, de manera reiterada, compara la política con la medicina; en particular, la teoría de los humores permitiría conocer las causas de las revoluciones y, por tanto, su previsión <sup>(17)</sup>. Veamos.

---

(17) CF, DB, II, 318 y LV, II, 126.

Para Galeno <sup>(18)</sup> la enfermedad es “una disposición preternatural del cuerpo, por obra de la cual padecen inmediatamente las funciones vitales”. Con esta definición se subraya el carácter de permanencia de la alteración que aparta al organismo individual de lo que es la ordenación regular de su propia naturaleza, en virtud de la cual sufren las distintas actividades en que se despliega la vida natural del organismo en cuestión.

La enfermedad es, entonces, un ente real e independiente, para su existencia, de la propia sensación del sujeto en el que reside —“se revelan los pueblos contra el Soberano como se rebelan los humores contra el individuo”, apunta Simón Rodríguez en LV, II, 126— o de la ciencia del médico que no ha logrado diagnosticarla todavía.

Ahora bien, ¿por qué hay enfermedades? ¿De dónde vienen? ¿Cuáles son sus causas? Comencemos por la última cuestión. Para Galeno hay tres causas principales: la externa o primitiva (“causa procatártica”), la interna o disposición (“causa proegúmena”) y la causa continente, conjunta o inmediata, que Galeno denominó “causa sinéctica”. Otra pregunta: ¿Cómo se realiza orgánicamente o somáticamente la enfermedad? De un modo fundamental, afectando de manera pasiva las funciones de la parte sobre la que recae en el órgano o en el cuerpo. Los síntomas serían la manifestación o la consecuencia de ese “padecer” fisiológico o vital. Es decir, la enfermedad es siempre un *páthos*, un padecimiento, una alteración con el principio de la realidad que lo estoicos llamaron *páskhon*. Ahora bien, esas afecciones pasivas de las funciones vitales pueden constituirse —y, de hecho, se constituyen con la enfermedad— en un modo particular de vivir un individuo. A esto, pues, llamó Galeno *nósos*, enfermedad.

De entre la enorme variedad de enfermedades, consideraremos solamente los cuatro géneros de enfermedades *simples*, según la

(18) Para todo este apartado nos hemos servido de la Historia Universal de la Medicina, volumen II: “Galeno”, por Luis García Ballester. Salvat Editores, Barcelona (España), 1972.

clasificación de Galeno, pues son relevantes para nuestro análisis de la teoría rodrigueciana de la simpatía:

a) *humorales*, que serían o bien perturbaciones en el modo según el cual los humores están mezclados, o bien alteraciones por corrupción de un determinado humor —aquí la advertencia de Simón Rodríguez que apuntábamos arriba:

El desorden de la acción jeneral, no depende siempre de la impropiedad de TODAS las acciones parciales; a veces *una sola* es la causa del mal estado de la máquina.

b) *de las partes similares*,

c) *de las partes instrumentales*, y

d) *por solución de continuidad*, pudiendo afectar a todo el cuerpo o solamente a alguna de sus partes.

Consideremos, ahora, los modos de enfermar. Según Galeno hay dos: el modo de las enfermedades propias o “idiopáticas” y el modo de las “enfermedades que sobrevienen por simpatía con otra parte”. El término ‘simpatía’ —aclara el propio Galeno— no indica ausencia completa de la enfermedad, sino “enfermedad común con la otra parte”. La simpatía es un hecho perfectamente observable en la clínica:

Cuando en la pleuresía y en la perineumonía sobreviene el delirio, todo el mundo está de acuerdo en que la parte donde reside el principio del alma (el cerebro) está enferma por simpatía (K, VIII, 127).

Elevando a principio doctrinal estas observaciones. Galeno no vacila en afirmar que

cuando una enfermedad y consecutiva a otra enfermedad primitiva, tras su apogeo disminuye a medida que lo hace la enfermedad primera, se puede admitir que el mal estado ha sido producido por simpatía. Esta es una conjetura aplicable a todas las enfermedades.

Dando un paso más en la distinción clínica de los dos modos de enfermar, dice:

El signo de la enfermedad idiopática es la permanencia de la enfermedad (K, VIII, 134).

El interés de Galeno por distinguir claramente entre enfermedades "idiopáticas" y enfermedades "simpáticas" es, fundamentalmente, terapéutico. En efecto,

sólo así sabemos en qué parte es preciso aplicar los remedios (K, VIII, 129).

Como resulta patente, para entender la afirmación de Rodríguez de que "el objeto de la medicina es atajar el efecto de las simpatías", deberíamos introducir en la terapéutica galénica; pero ello alargaría innecesariamente nuestro trabajo, haciendo que, tal vez, perdiéramos el objeto del mismo. Baste con añadir que el concepto de "simpatía" —que jugó un papel central en la medicina helenística, tal como lo hemos visto en Galeno, y que estará vigente hasta bien entrado el siglo XIX, como podemos comprobarlo a través del pensamiento de Simón Rodríguez— es una noción científica que no tiene nada que ver con la magia o con una idea espiritualista del hombre. Es un concepto acuñado en el helenismo y usado corrientemente por todos los médicos, excepto por los empíricos, que se negaban a reconocer que pudiera existir cualquier otra relación entre dos fenómenos que tienen lugar al mismo tiempo que no fuera el azar. Con lo cual vemos que tras el concepto de "simpatía" está el de "teología" y la propia noción de "naturaleza" (*physis*).

No parece que sea ajena el empleo que Galeno hace del concepto de "simpatía", la elaboración que los estoicos hicieron de dicha noción, pues la simpatía no es más que la realidad sustentadora del *consensus naturae* preconizado por aquéllos.

Por su parte, el concepto de "simpatía" en Simón Rodríguez, no sólo hace referencia a un sentimiento, tal como lo vimos en la primera definición; es un sentimiento embriado en la carnalidad, en la materialidad del cuerpo, sea "social, animal o vegetal". Pero, además, hace referencia a lo morboso, por lo que "sólo los que estudian la estructura de un cuerpo i las funciones que ejercen sus partes pueden dictar medios oportunos en las enfermedades". De tal manera que muchas veces —si empleamos la terminología galénica— las enfermedades del cuerpo social no son idiopáticas sino simpáticas y, en ese caso, el mal, si se "ataja" a tiempo, tiene cura, pues es el

mal del particular respecto del universal, donde la solución individual (simpática) no es solución verdadera: es más enfermedad. Únicamente la creación de un campo de universalidad permitiría "atajar el efecto de las simpatías". El filósofo lo dice claramente:

Hai *Simpatías sociales* entre hombres que forman Pueblo, si cada uno ve como bien o mal *propio* el bien o mal de sus consocios, el de sus vecinos i el de sus corresponsales— por las influencias que puede tener uno u otro, en las relaciones internas o externas del cuerpo social. Las primeras son simpatías civiles i las segundas, políticas (CPG, II, 424).

Una vez más vemos que el concepto de 'simpatía' se resuelve en el de 'relación' y es que éste hace referencia al todo, a la estructura del cuerpo, a la necesidad del universo social. Por su parte, el concepto de 'función' expresa el ejercicio que ejecuta, orgánicamente, el particular que está en tensión con el universal. Esa tensión sólo puede resolverse políticamente y en eso consiste la disciplina del gobierno:

mantener en vigor la acción particular y en buen orden la acción jeneral (SA, I, 265).

### 3. *Deseos razonables*

Sirviéndose de los conceptos de 'relación' y de 'función', Simón Rodríguez pasa de un concepto de simpatía por el sentimiento a un concepto de simpatía por la razón, como quedó claro en el análisis del pasaje de CPG, II, 424. Sólo resta, entonces, aclarar los términos que son auxiliares en ese tránsito.

#### RELACION

Hombres *juntos* están en *Relación Social*, si cada uno ve su interes en el interes de todos —si se considera como miembro de una COMPAÑIA, en cuyas pérdidas i ganancias tiene parte— o de otro modo: si todos se creen contenidos en la sociedad como la semilla en el saco.

## FUNCION

Hombres *juntos* ejercen *Funciones Sociales*, si cada uno se considera empleado, por los demás, en cuidar de la Propiedad Común (CPG, II, 424).

Este tránsito en el concepto de simpatía ejemplifica el paso que el filósofo da desde una moral fundada en el deseo a una moral que tendrá como guía la razón, pero una razón que no olvida su origen. El "deseo razonable" –principio operativo de la moral aristotélica<sup>(19)</sup>– es el que debe regular la **SOCIEDAD REPUBLICANA** que Simón Rodríguez está proponiendo desde 1828, esto es,

la que se compone de hombres **INTIMAMENTE UNIDOS**, por un común sentir de lo que conviene a **TODOS** –viendo cada uno en lo que hace por conveniencia propia, una parte de la conveniencia **JENERAL** (SA, I, 381).

---

(19) Ver la *órexis dianoéतिकé* de EN VI, 2, 1139 b 6.